

OLIMPIA



LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18551 - BARCELONA

OLIMPIA

Seleccionada producción cinematográfica, basada en una obra
de FRANZ MOLNAR

Totalmente dialogada en español, por Miguel de Zárraga

Dirigida por JUAN DE HOMS

Es una película

Metro - Goldwyn - Mayer

Distribuida por

METRO - GOLDWYN - MAYER

IBÉRICA, S. A.

Mallorca, 220

BARCELONA



Argumento narrado por Ediciones Bistagne

INTÉRPRETES PRINCIPALES:

Maria Alba
José Crespo
Elvira Morla
etc.

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

OLIMPIA

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

I

Había en la sala un desmayo de violines y las parejas evolucionaban contagiadas de aquella indolencia, de aquel abandono de ensueño.

—Quisiera que no terminara nunca este baile, princesa.

Olimpia no respondió, pero el capitán Kovacs sintió que la mano que sujetaba temblaba ligeramente.

—Y no quisiera que terminara nunca—añadió el capitán—, porque para mí no puede haber en el mundo nada mejor que el tener-

la entre mis brazos aunque sin poder estrecharla todo lo que yo quisiera... Sólo un poco, sólo un poco... y eso hasta para que esté sintiendo los latidos de su corazón en mi pecho. Y esa cintura maravillosa que apenas rozo con mi mano es algo elástico y divino, suave y cálido, que me acaricia sin quererlo. Porque sólo caricias pueden obtenerse allí donde la carne es como una exquisita flor recién abierta.

Insensiblemente, en el calor del sincero homenaje, el capitán acer-

caba cada vez más sus labios al oído de Olimpia y aumentaba la presión de su brazo derecho alrededor de aquella cintura, gentilísima, pero plotórica, suave y pujante como la pulpa de un fruto joven.

De allí partía la curva apenas sensible de la espalda y otras líneas igualmente dulces que se perdían, como esfumándose, en los pies menudos, ingrátidos, ligeros...

El vestido de *soirée* ceñía aquella escultura viva con una larga caricia que iba desde los hombros a los tobillos, respetando tan sólo con la garganta, una parte de la espalda y del pecho, lo suficiente para advertir que entre los pétalos de los jazmines y la piel de la princesa Olimpia era muy difícil establecer una diferencia.

Una diadema ceñía sus negros cabellos y, debajo, los ojos dulcemente sombríos, eran como promesas de sublimes emociones.

No había en todo el salón otra mujer tan hermosa y acaso fuera también la más joven. Recién presentada en sociedad, había recibido el título de dama de honor de la

Princesa Heredera, y cómo sería de joven, que sus amigas, mejor dicho, sus enemigas, la llamaban la "niña afortunada".

Pero no era una niña afortunada la princesa Olimpia. No era la suerte sino los méritos los que le habían conquistado aquel título tan envidiado por las solteronas de la Corte. Su juventud y su belleza no le impedían tener un don de gentes, un talento natural y una cultura que fué lo que realmente decidió a la hija del Emperador a darle el codiciado título.

La recepción se celebraba en el palacio de los padres de Olimpia, pero no en el de Viena, sino en el que habían improvisado en un balneario puesto de moda por la aristocracia vienesa, con esa rapidéz que caracteriza a los caprichos de la alta sociedad.

El balneario se sentía orgulloso y se prometía un brillante porvenir desde que los padres de Olimpia—la princesa Eugenia y el general D'Ettingon—decidieron pasar allí el verano. Verdaderamente, aunque sólo lo más rancio de la nobleza austriaca se reunía duran-

te el estío en torno de aquella fuente que llevaba entre sus aguas la salud, nunca labios tan augustos habían honrado aquella especie de licor de la vida.

Desde que la princesa Eugenia y su hija Olimpia, que tan alto puesto ocupaba en la Corte, habían llegado al balneario, toda la aristocracia que llenaba villas y hoteles desde hacia cerca de un mes, giraba en torno de la eminente familia y se movía a impulsos de la imaginaria batuta que empuñaba la princesa Eugenia.

Había en el palacio multitud de huéspedes y entre ellos destacaban por distintos motivos el embajador de Francia en Viena, la condesa Lina y el capitán Kovacs.

El primero representaba al país de la diplomacia y de las elegancias internacionales, aparte su hegemonía continental. La segunda tenía en la Corte una fuerza extraordinaria, no sólo por su alambicada nobleza, pues descendía de la familia más antigua de Austria, sino porque su lengua era el arma más temible del imperio. A tal refuamamiento había llegado en la

murmuración, que el Emperador había hecho célebre esta frase: "Dadme la lengua de Lina y suprimiré los cañones."

En cuanto a Kovacs, era un simple capitán de caballería que había tenido la suerte de producir excelente impresión en la princesa Eugenia, y más aun en Olimpia, cuando les fué presentado durante una comida de gala que dió el Emperador en su palacio, en honor del ejército.

Los méritos de Kovacs eran muy diferentes a los que ostentaban los demás huéspedes del palacio. Sólo su talento, su audacia, su extraordinaria simpatía, sus atractivos personales, y una cautivadora y original cortesía que usaba con las damas, le habían valido la concesión de aquella preciosa amistad. Los demás llevaban la aristocracia en la sangre; él parecía haberla recibido como un don del cielo.

Y debajo de aquella espiritualidad, de aquella refinada cortesía, estaba el orgullo de sí mismo. En el fondo, él reconocía sus propios méritos y le costaba gran trabajo

reconocer que estaba por debajo del nivel de nadie.

Así debía de ser cuando al sentirse atraído por los encantos de la princesa, no vaciló en hacerle el amor. Sin duda pensaba que si bien su uniforme debía inclinarse ante las galas principescas, su corazón podía volar tan alto como cualquier otro.

No pensaba en los beneficios que semejante triunfo de amor podía reportarle. Se enamoró profundamente de Olimpia y su corazón y su pensamiento estaban plenamente empeñados en la conquista del corazón y del pensamiento de ella. Todo lo demás era accesorio.

No había pensar otra cosa oyendo al capitán cuando, con voz trémula que parecía salir confundida con jirones de alma, murmuraba al oído de la princesa Olimpia, palabras encendidas de amor y de reverencia.

En cuanto a ella, ¿había podido sobreponerse al influjo que sobre su corazón ejercía aquella suavísima música que brotaba de los labios del capitán Kovacs? ¿Había

sabido su orgullo de princesa luchar con la emoción de aquellas inflexiones que daban a sus palabras un algo extraño, penetrante, dulcísimo?...

En aquella Corte, en aquella altísima sociedad donde abundaban los caballeros graves y ventrudos, los generales de bigotes canosos, los primates de la política que habían alcanzado sus altos puestos después de una lucha continua de treinta o cuarenta años; en aquella prestigiosa y brillante sociedad, Olimpia no había podido encontrar nunca nada que se pareciera al perfume de vehemencia y juventud en que las palabras del capitán la envolvían...

Gemían dulcemente los violines y ella se dejaba llevar por los brazos del capitán de caballería, con un especial deleite de sentirse apresada, dominada por ellos.

En cada vuelta, aquellos labios dejaban caer en sus oídos una gota de elixir y entonces la princesa Olimpia oía dos músicas, la de la orquesta y la de los labios de Kovacs, ambas confundidas en una única y fascinadora melodía.

Fuera se oyeron los sonos de la banda militar. Era el desfile que el regimiento de la población hacía en honor de la familia D'Ettignon. La princesa Eugenia, del brazo del embajador de Francia y acompañada de su séquito, se dirigió al balcón.

La siguieron todos los invitados.

Únicamente quedó en el salón una pareja que continuaba bailando: la pareja formada por Olimpia y el capitán.

No se habían dado cuenta de nada; para ellos sólo había un desfile: el de sus sueños.

Y el director de la orquesta tuvo que comenzar otro vals.

Un vals que hablaba de amor.

II

Únicamente la condesa Lina parecía interesada en lo que ocurría en el salón mientras los invitados se agolpaban en los balcones del palacio para presenciar el desfile.

En toda la noche, aquella dama cuya lengua, según el Emperador, valía tanto como toda la artillería de la nación, había permanecido muy atenta a cuanto ocurría en torno de Olimpia.

Cuando por fin la pareja se dio cuenta de que se había quedado sola, y la princesa, seguida de Kovacs, se dirigió al balcón central para presenciar el desfile, la condesa parecía sentirse también sú-

bitamente interesada por lo que ocurría en la calle.

Pero lo que en realidad atraía su atención, era la actitud de la princesa que aparentaba presenciar el paso de las tropas cuando sólo estaba pendiente de las palabras que Kovacs, audazmente, seguía murmurando a su oído.

Bajo la sonrisa de la condesa quedaba perfectamente disimulado el tempestuoso nerviosismo que la poseía.

Necesitaba desahogarse, abrir una válvula a aquella tensión que amenazaba romper la envoltura de su aparente frialdad. Y cogió

de un brazo a su primo Alberto y se lo llevó a una de las habitaciones inmediatas al salón que servía de escenario a la fiesta.

Alberto, oficial de la guardia imperial, y con edad suficiente para no rebasar los límites de la prudencia, sabía muy bien lo que sucedía a la condesa, pues durante el baile le había buscado varias veces para llamarle la atención sobre la conducta de la princesa Olimpia.

—Querida prima—trató Alberto de defenderse por última vez—el momento no me parece muy adecuado para murmurar.

—No se trata de murmurar. Quiero abrirte los ojos, como trataré de abrirselos a la princesa Eugenia.

—Creo que los tengo bien abiertos, Lina. Por eso he podido ver que la princesa Olimpia está esta noche realmente adorable.

—Sin duda. Pero eso no le da derecho a humillarnos con sus preferencias por ese capitán de caballería. Tú mismo debías sentirte avergonzado de que un oficialillo sin más título que el de sus estre-

llas flirtee en tus narices con la princesa a la que tus propias manos han entregado el nombramiento de dama de honor de la Princesa Heredera. ¿Sabes ésta acaso que su dama de honor coquetea con el primero que se presenta?

—¿Qué ganas de sacar las cosas de quicio! Kovacs es el invitado más joven y Olimpia no tiene nada más que veinte años. ¿No es natural que se aíslen un poco de nosotros, entre los que es difícil encontrar uno que no les doble la edad?

—Si la Princesa Heredera llega a ser Emperatriz, Olimpia será la mujer más poderosa del Imperio.

—Por eso precisamente debes moderar tus pasiones, Lina.

—Como tú.

—Como yo ¿qué?

—Como tú has sabido moderar las tuyas.

—Siempre he tenido ese don.

—Sobre todo esta tarde, durante las carreras.

—¿Qué quieres decir?

—Que has perdido por primera vez en muchos años y, sin embar-

go, te sientes tan satisfecho como si hubieras ganado la copa.

—El capitán Kovacs es un excelente jinete y tiene un magnífico caballo.

—Y mi primo Alberto tiene una buena dosis de prudencia.

—¿Quieres decir que me he dejado ganar?

—No precisamente que te hayas dejado ganar, pero sí que la prudencia te ha restado ánimos en la última media vuelta cuando el caballo de Kovacs iba aún a la zaga del tuyo.

—Eso es una solemne injusticia. He hecho todo lo posible por ganar y Kovacs me ha ganado de buena ley. Bien dice el Emperador, Lina. Tu lengua es más temible que una ametralladora.

—Mi lengua ha comenzado en este momento a decir verdades. Ya veremos cuándo termina.

—Y ya veremos quién es el que sufre las consecuencias.

—Eso; ya veremos quién vence a quién.

—Mientras no nos hundamos todos...

—Hasta hoy había sido yo la

dama de honor de la Princesa Heredera. No me importa haber sido substituida, lo que sí me importa es que un cargo que yo honré y en el que me sentí honrada venga ahora a enturbiarlo con sus coquetterías una niña mimada... Quiero ser condescendiente. Substituiré la palabra "coquettería" por la de "amor". Tanto monta. Una dama de honor enamorada de un capitán de caballería es una humillación para el cargo. La princesa Olímpia...

Se detuvo. Acababa de oír una irónica tosecilla tras ella. Una tosecilla que creyó reconocer. Se volvió y vió que en efecto era la princesa Eugenia.

Cansada de la ficción de la ceremonia, hastiada de sonreír con ganas o sin ellas, a personas estimadas o a "amigos" a los que hubiera deseado ver a dos mil kilómetros de la Corte de Austria, se había dirigido a aquella habitación con ánimo de fumarse tranquilamente un cigarrillo y descansar un rato.

En el calor de la murmuración, la condesa no había oído el ruido

de la puerta al abrirse, y la madre de Olimpia pudo enterarse de la opinión que Lina tenía aquella noche de la nueva dama de honor de la Princesa Heredera.

Tosió para evitar que la condesa sobrepasara los límites de lo admisible, y así Lina pudo terminar de este modo la frase:

—La princesa Olimpia, querido primo, está esta noche realmente encantadora.

—Más vale así, Lina—dijo la princesa con sarcasmo.

Y añadió dirigiéndose a Alberto:

—Ve a buscar a dos que quieran jugar al bridge con nosotros.

—¿Acaso el embajador francés?—insinuó Alberto.

—Sí, ese podría ser uno.

—¿Y el otro?

—El capitán Kovacs—apuntó la condesa mordazmente.

—Lina lo ha dicho—convino la princesa sin inmutarse—. El capitán Kovacs puede ser el cuarto.

Ecedió un cigarrillo mientras Alberto salía en busca de los jugadores y se sentó en un sillón para saborear el humo aromático.

—Decididamente, el capitán Kovacs ha caído de pie en esta casa. Creo que puedo hablarte con esta franqueza ahora que estamos solas—apuntó Lina.

—Naturalmente. Precisamente he venido en busca de un poco de sinceridad. El convencionalismo de la ceremonia me tenía ya hastiada. Cuatro horas de convencionalismo son muchas horas.

—En efecto.

—¿Acaso te sucedía a ti lo mismo, amiga mía, y has venido aquí a... desahogarte?

—Ciertamente.

—Nos conocemos bien, querida Lina.

—Sí, he venido en busca de desahogo, porque, la verdad, la conducta de tu hija me tiene inquieta.

—¿Por qué motivo?

—Me extraña que tú no lo hayas sabido ver. Ese capitán...

—¿Ah, vamos! Se trata del capitán... Pues sí, parece que ha caído en gracia a Olimpia. Y lo comprendo: también me ha caído a mí. ¡Es tan simpático! Para su audacia no hay nada imposible. Así fueron los antiguos conquistadores.

Todos decían: "Ahí va un iluso." Y de esos ilusos salieron los que comprobaron que la Tierra era redonda, los que descubrieron un nuevo continente al otro lado del Atlántico, los que han puesto la bandera en el Polo Norte. Colón, un desdichado, un don Nadie, llegó por ese medio a ser uno de los hombres más famosos y más admirados del mundo y las naciones se disputan con afán la honra de que haya nacido en su suelo.

—Para ellos, en efecto, no está mal esa audacia, y si sólo arriesgan su propia persona, vayan con Dios. Pero cuando la conquista no se dirige a un continente soñado sino a una mujer en la que se ha osado soñar, los resultados pueden ser muy distintos. El no perderá nada, pero... ¿y la mujer?

—¿Quieres decir que Olimpia se compromete?

—Me parece que he hablado bien claro.

—Pues por ese lado puedes estar tranquila. No hay motivo, querida, para que te sientas tan preocupada. Comprendo que nos quieras, y acaso ese exceso de cariño

te haya llevado demasiado lejos.

Había en el tono de la princesa una sutil ironía que no pasaba inadvertida a la condesa, maestra en el arte de herir con las palabras.

—Sin duda algo te ha pasado por alto.

—¿Alguna gentileza dicha demasiado cerca del oído? ¿Alguna mirada demasiado vehemente? ¡Bah, no tiene importancia! ¡Qué mal conoces a Olimpia!

—No se trata de eso. Nada de miradas vehementes ni de frases cerca del oído. Me refiero... ¿No has visto que por los salones pululaban unos jóvenes entrometidos que tomaban frecuentemente notas en sus carnets?

—No me he fijado. ¡Tenía que atender a tantas cosas!...

—Pues bien, esos jóvenes han tomado determinadas notas sobre la conducta de la princesa Olimpia. ¿Quién sabe si alguno se habrá atrevido incluso a tomar un apunte de la pareja durante el baile!

—Dime quiénes han sido esos jóvenes —manifestó la princesa,

comenzando a perder la serenidad —y recibirán su merecido.

—Contra esos jóvenes son inútiles todas las represalias. Son los reporteros de los mejores rotativos de Austria, los que pueden ganar mucho enviando a su periódico una información sensacional. Y creo que el flirt de la nueva dama de honor de la Princesa Heredera con un simple capitán de caballería es motivo para llenar una primera página y para que los dia-

rios alcancen el millón de ejemplares.

La princesa Eugenia acabó de perder el dominio de sí misma al oír estas palabras. Aplastó el cigarrillo en el cenicero y se levantó del sillón convulsivamente y fijando en Lina una mirada llameante de odio.

Y en el preciso momento en que iba a hablar, alguien llamó a la puerta.

III

Cambió súbitamente la expresión de la princesa. Su semblante fué incluso capaz de ofrecer una sonrisa cuando se abrió la puerta y apareció el embajador de Francia.

—Perdón, princesa. Pero he sabido que Alberto me andaba buscando y creí encontrarlo aquí.

—Aquí no está, amigo mío—repuso la princesa amablemente—. En efecto, lo anda buscando para ver si podemos jugar una partidita de bridge. Sin duda usted ha venido por un lado y él ha ido por otro. Una fatalidad. ¡Con las ga-

nas que tengo de jugar al bridge esta noche!

—Si me lo permitís, princesa, lo seguiré buscando. Estoy seguro de que este involuntario jugar al escondite no se puede repetir.

—Sí, id a buscarle. Hacedme ese favor. Tengo interés en demostrar a Francia que conozco perfectamente el juego del bridge.

—Encantado, princesa.

Apenas desapareció por el lado de la terraza, el semblante de la princesa recobró la expresión que la llegada del embajador francés había borrado.

Miraba fijamente a Lina mien-

tras ésta sonreía satisfecha de su triunfo.

—Hablemos claro, querida. Fuera caretas. El general D'Ettingon era tu novio y se enamoró de mí y conmigo se casó. Sé que desde entonces somos enemigas. Recuerdo varias de tus jugadas que han promovido verdaderas tormentas en mi hogar. A consecuencia de una de ellas el general estuvo cerca de un año sin dirigirme la palabra más que cuando había gente delante. Esto lo comprendo y lo admito. Felizmente, sé defenderme. Ahora, mi hija, sin que ella haya puesto nada de su parte, te ha quitado el cargo de dama de honor de la Princesa Heredera. ¿Estás dispuesta a seguir el mismo sistema de implacable venganza que has seguido conmigo?

—Pero ¿qué disparates estás diciendo, querida? Jamás te he visto así. No pareces la princesa Eugenia... y ya sabes lo que quiero decir con eso.

—También tú sabes lo que quiero decir yo. Nunca me has visto así, porque nunca se ha cernido sobre mi hija un peligro tan gran-

de. Mientras tu lengua terrible se ocupó de mí, no sentía una inquietud muy grande. Pero ahora es mi hija la que te servirá de blanco. Es la felicidad y el honor de Olimpia lo que está en juego. Si tú fueras madre comprenderías que la princesa Eugenia pierda en estos momentos su famosa serenidad.

—Por Dios, hijita...

—He dicho que fuera caretas. ¿Verdad que has ayudado a los reporteros? ¿Verdad que estás dispuesta a seguir ayudándolos?

—Pues bien, voy a serte franca. No les he prestado ninguna ayuda, porque creo que no va a haber ninguna necesidad. Tu hija ha dado esta noche un verdadero espectáculo. Ha llegado a quedarse sola en el salón builando con Kovacs, como adormecida en sus brazos. Eso no es más que uno de los muchos detalles que los reporteros han podido recoger.

—¡Pero eso es absurdo! Yo enviaré a mi secretario a que se entienda con ellos. Por ahora sólo suposiciones pueden hacer y contra esas suposiciones hay un código.

—Después de todo, si verdaderamente está enamorado de Olimpia y Olimpia...

—¡Calla! ¡Qué disparate! Eso sería cien veces peor! Olimpia ha llegado ya demasiado alto para comprometer su carrera con un matrimonio inconveniente.

—Creo que estás a tiempo de tomar una determinación—apuntó Lina gozando anticipadamente del dolor que para Olimpia iba a representar romper con el capitán de caballería.

—Sí, sí... en efecto... Ahora mismo... Es preciso obrar rápidamente... Esto ha de terminar en seguida...

Se retorció las manos presa de un profundo e intenso nerviosismo. Una mezcla de angustia y agitación se leía en su rostro. Y es que la madre había despertado debajo de la envoltura de la princesa.

—Yo sé lo que es eso. Yo sé lo que es un escándalo de prensa—murmuraba como si hablara consigo misma, yendo de un lado a otro de la habitación—. Cuando era

soltera caí en las mallas de uno de esos escándalos. Nunca lo olvidaré. Estuve a punto de envenenarme. Un verdadero milagro me libró de la muerte y otro me permitió salir del enredo en condiciones de luchar por la recuperación de lo perdido. Sé lo que es eso, sí, y no lo quiero para mi hija.

Alguien se anunció en la terraza, a pocos pasos de las dos damas, tosiendo discretamente. Era Kovacs.

La primera apresuróse a saludarle, envolviéndole en la ola de simpatía a que lo tenía acostumbrado, y las dos aristócratas conversaron unos instantes con él, hasta que Kovacs, enterado de que Alberto le buscaba para jugar al bridge, separóse de ellas para ir a su encuentro, a fin de no demorar más el deseo de la princesa.

Un poco después aparecía Olimpia, la cual se reunió con su madre y la condesa en un saloncito inmediato a la terraza.

Olimpia estaba melancólica. La condesa sabía por qué, e hizo pasar un mal rato a madre e hija

con sus irónicas alusiones al baile... y al cansancio de Olimpia... por haber bailado tanto...

ironía, la condesa las dejó solas, diciéndoles:

—Y como supongo que tenéis mucho que hablar, os dejo.

* * *

Allí estaba Olimpia, en absoluto ignorante de lo que se tramaba contra ella.

El ardor de la pasión se leía en sus ojos y encendía sus mejillas. Precisamente no hacía mucho que acababa de dejar a Kovacs en el jardín después de tener con él el diálogo más vehemente de toda la noche. Habían hablado del viaje a Venecia. La familia D'Ettingón lo emprendería aquella misma semana y Kovacs se había propuesto acompañarles... Un encuentro casual en el ferrocarril... y el sueño de amor continuaría en las aguas dormidas de los canales...

Le sorprendió ver a su madre tan agitada. ¡Cómo contrastaba aquella actitud con el estado de su alma!

—¿Qué te sucede, madre? ¿Qué te ha dicho Lina?

—Hija mía, estamos en peligro. El áspid de esa víbora nos amenaza.

—Habla, madre. ¿Qué sucede? —demandó Olimpia, contagiada de aquella actitud.

—Sé que va a ser muy desagradable para ti, hija mía, pero es preciso, óyelo bien, preciso, que pongas fin a tus cordialidades con Kovacs.

Olimpia se estremeció y se ruborizó.

—No te censuro, hija mía. Comprendo que la simpatía de ese hombre te haya vencido. Yo misma me he dejado cautivar un poco por ella. Es un muchacho admirable, es un muchacho digno de ti... pero de ti como mujer y no como princesa. ¿Comprendes? La dama de honor de la Princesa Heredera no puede amar a un simple capitán de caballería. La mujer es muy libre de hacerlo, pero la princesa debe salir al paso de esa locura. No creí que las cosas hubieran llegado tan lejos, pero Lina me ha puesto al corriente de todo. Ahora puedo decir que el capitán Kovacs está enamorado de la princesa Olimpia y que la princesa Olimpia acaso esté también enamorada del capitán. Y hay que poner fin a eso inmediatamente, esta misma noche, ahora mismo... antes de que sea más doloroso para ti. Mañana, cuando los reporteros publiquen sus indiacreciones, es preciso que este asunto esté completamente solucionado y pueda dar un mentís a esos reportajes. Es más,

aun tenemos por delante un par de horas antes de que termine la velada. En ese tiempo puede hacerse mucho. Puede demostrarse a los periodistas que las notas tomadas hasta ahora de nada les sirven. ¿Comprendes?

El semblante de Olimpia había ido cambiando de expresión. Comprendía perfectamente. Había que evitar, primero, que la prensa adelantara noticias indiscretas, después que sus amores con el capitán terminaran radicalmente. En la embriaguez de aquella pasión que tan súbitamente había brotado dentro de ella, no había podido ver sus peligrosas consecuencias. Ahora su madre le hablaba demasiado claro para que siguiera sin comprender.

Aquel fuego que el amor había puesto en sus mejillas se extinguió poco a poco, hasta que una palidez de cera le substituyó.

Se dejó caer en una *chaise-longue* y, aunque conservó el torso erguido, la expresión de su rostro demostraba que las fuerzas la habían abandonado.

—Comprendo, Olimpia. Su-
fres...

—Había autorizado a Kovacs a
que nos acompañara a Venecia.

—Hay que evitarlo a toda cos-
ta, Olimpia. Mañana, a las diez,
regresa tu padre. Es preciso que
cuando él venga no quede ni si-
quiera el recuerdo de este asunto.

—El caso es...—balbució la
princesa—que ayer escribí a mi
padre hablándole de Kovacs.

—¡Qué imprudencia! Esto com-
plica enormemente la situación.
¿Por qué no me consultaste?

—¿Qué sé yo, madre! ¿Crees
que he podido razonar desde que
el capitán Kovacs está entre nos-
otros?

—Bien, bien. Ya no tiene reme-
dio. ¿Qué decías en esa carta?

—Le pedía que influyera cerca
del Emperador para que le conce-
dieran a Kovacs un puesto en la
casa imperial: el de maestro de
equitación.

—¡Dios nos valga! ¿Cómo se
te ocurrió esa locura? No sé...
no sé cómo vamos a salir de este
enredo. Tu padre no te niega na-
da. A esas horas habrá ya hablado

con el Emperador. Seguramente
éste le habrá dado el nombramien-
to. ¡Espantoso!...

—Acaso no haya hecho nada to-
davía—dijo Olimpia atemoriza-
da—. Si le telegrafáramos...

—Calla, calla... Eso sería una
nueva imprudencia. Tu padre
creería que te habías vuelto loca.

Pero vió la tempestad íntima
que el semblante de Olimpia refle-
jaba y se compadeció de ella.

Se sentó a sus espaldas en la
chaise-longue y la rodeó cariñosa-
mente con sus brazos.

—En fin, eso ya no tiene reme-
dio. Es inútil perder el tiempo
buscando una solución. Ahora sólo
debemos pensar en lo otro, en la
ruptura. Veo que tu sacrificio va a
ser muy grande, pero es necesá-
rio. Búscale ahora mismo. Hazle
desistir de su empeño.

—Temo que no me crea, o que
no me obedezca. Ya conoces su
audacia.

—Pero conozco también su or-
gullo. Si le tratas con frialdad no
creo que lo soporte. No temas hu-
millarlo. Hazle ver la diferencia
que media entre los dos. Piensa

que nos jugamos nuestra posición en la Corte.

Otra vez se oyen pasos en la terraza.

—Era el capitán Kovacs.

—¡Oh, perdón! Creí que encontraría aquí a Alberto. Me han dicho que andaba buscándome.

—Pero ¿todavía no ha sido posible que nos reunamos cuatro personas alrededor de la mesa de bridge? Nos andamos los cuatro buscando y no hay medio de que nos encontremos, capitán.. Es una situación de sainete.

Reía como si estuviera del mejor humor.

—Continuaré buscando, princesa.

—Nada de eso. Usted no se mueve de aquí hasta que yo haya encontrado a Alberto y al Embajador. Guárdalo bien, Olimpia. No le dejes marchar de ningún modo.

Y haciendo a su hija un signo de inteligencia, salió de la estancia.

Y el capitán Kovacs y la princesa Olimpia quedaron solos, frente a frente...

IV

—Ya tengo reservado el billete para el viaje a Venecia.

Ella sintió junto a su oído el cálido aluvión de las palabras del capitán, sintió, como siempre, que aquella voz de registro suave y dulce la embargaba. Pero esta vez tuvo que luchar con aquellas emociones para decir:

—No debe usted venir a Venecia, capitán.

Hubo una pausa motivada por la sorpresa. Como si no pudiera creer en la sinceridad de aquellas palabras, el capitán, que estaba a espaldas de Olimpia, se situó a su

lado para mirarle el rostro. Y lo vió altivo, frío, impenetrable.

—Crea usted, Olimpia, que...

—No me vuelva a hablar así. Tenga en cuenta, capitán, que está hablando con una princesa.

Kovacs quedó un momento estupefacto. Entonces dió importancia a aquella variación que había advertido en el semblante de la princesa Eugenia al entrar, y a la que entonces no dió importancia. Entonces comenzó a comprender.

—Sí, estoy hablando con una princesa... pero esa princesa es la misma que hace una hora se adormecía en mis brazos cuando bailá-

bamos en el salón, la misma que después, en el jardín, me ha recomendado, si bien indirectamente, que hiciera reservar mi billete para el viaje a Venecia.

—Ahora comprendo que he sido con usted demasiado condescendiente. Le creí más discreto,

—O menos enamorado.

—Jamás pude creer en la sinceridad de ese amor. Usted es un hombre inteligente y sabe muy bien que hay cierta distancia entre la dama de honor de la Princesa Heredera y un capitán de caballería. Yo creí que usted lo comprendía. Busque ahí el origen de mis amabilidades.

—No las buscaré porque sería inútil. Yo he oído sus palabras trémulas de emoción, Olimpia. He visto sus ojos soñando en los míos. Yo he sentido cómo toda usted temblaba en una explosión magnífica de amor cuando mi brazo estrechaba su talle. No, no era eso farsa. La farsa ha comenzado ahora. Alguien le ha abierto los ojos. Pero yo le digo que es demasiado tarde. Yo le digo que la amo ya demasiado para retroceder. Si

usted me hubiera pedido que yo renunciara a la vida, habría contestado: "Acaso." Pero me pide usted que deje de quererla y le digo francamente: "¡No!"

Como un veneno llegaban aquellas palabras al corazón de la princesa. Por momentos se sentía perdida, y sólo un milagro de voluntad podía salvarla.

Se dirigió al verandá. Allí había menos luz y a Kovacs le sería más difícil leer la verdad en su semblante.

—¿Pero esto es absurdo! ¿Qué persigue usted? ¿Qué espera obtener de mí?

—Todo—repuso Kovacs con ruda franqueza.

—¿Pretende usted acaso hacerme... su amante?

—No.

—Entonces... ¿su esposa?

Rió nerviosamente.

—En efecto, sería para usted un buen matrimonio. De capitán de caballería a esposo de la dama de honor de la Princesa Heredera. Magnífico salto, un salto digno de su invencible caballo de carreras.

—A mi corazón no le importan esas apreciaciones.

—¡Basta, estúpido! Como mujer y como princesa, me siento ofendida. Habrá usted de buscar otras mujeres de su clase para rendirlas a sus dotes de don Juan. Detesto a los donjuanes.

—Le juro que no he querido ofenderla, Olimpia—dijo Kovacs cambiando de tono—. La amo de veras. Si hay en mí algo de donjuán, muy malparado va a quedar en esta ocasión, pues gustosamente me humillo para decirle que la amo.

Pero la princesa había hecho acopio de energías.

—¡He dicho que basta, capitán! Si algo de indulgente simpatía había en mí, se ha desvanecido por completo. Y con estas palabras doy por definitivamente terminado este enojoso asunto.

—¡Por Dios, Olimpia! ¿Qué va a ser de mí ahora? ¿No ve que la amo de veras? ¿No ve que me está arrancando la vida?

—¿Qué culpa tengo yo de que su audacia le lleve a tales extremos?... No, no quiero oír una pa-

labra más sobre esta cuestión. Vaya usted a que le sirvan unas copas de lo más fuerte. Así cobrará fuerzas para luchar con esa pasajera locura y mañana puede estar en condiciones de regresar a Viena para cumplir con sus deberes militares.

El tono irrevocable en que estas palabras fueron pronunciadas hizo comprender al capitán que era inútil insistir. Y entonces la expresión de dolor que había en su semblante desapareció para dejar paso a un gesto que parecía de indignación y parecía de vergüenza.

—Está bien, princesa. Lo doy todo por terminado. Pero crea usted que lo único que ahora siento es haberme humillado inútilmente. Muy grande debía de ser mi locura cuando ha vencido mi propia estimación y me ha hecho suplicarle casi con lágrimas en los ojos que pagara mejor la oferta absoluta de mi ser que le he hecho. Ahora opino que mi ser vale algo más del precio que yo mismo, ciego de mí, le había puesto.

Dió media vuelta y se dirigió al salón, donde estaba cierto de que

la princesa Eugenia le esperaba ya con sus compañeros para jugar la anunciada partida de bridge.

En efecto, allí estaba y tenía las cartas en la mano. Alberto y el embajador esperaban pacientemente.

—Por fin—exclamó la princesa al verle—. Siéntese, capitán. Le esperaba con verdadera impaciencia.

—Me habréis de perdonar, princesa, pero no puedo jugar al bridge. He de marcharme.

La dama comprendió algo de lo que había sucedido, pero se dió cuenta de que era necesario disimular.

—¿Adónde va a estas horas, capitán?

—No sé... fuera de aquí... A beberme unas copas de lo más fuerte... A vuestros pies, princesa.

Sin esperar la contestación al saludo, salió del salón con paso firme y erguido el pecho, como el que obedece a una enérgica e irrevocable determinación.

V

Un nuevo personaje apareció en el jardín. No pertenecía a los invitados. Llevaba uniforme, pero no un uniforme de militar sino de gendarme.

Unos ojos muy abiertos y unos bigotes muy largos daban a su rostro un aire un tanto cómico.

Sus ojos estaban ahora desmesuradamente abiertos y por su expresión se comprendía que alguna importante nueva le llevaba al palacio de la familia de Ettingon.

Entró en el salón.

—Soy el coronel de la Gendarmería Imperial, el coronel Krohl, y

necesito ver inmediatamente a la princesa—dijo al portero.

Este le indicó el extremo del salón donde la princesa Eugenia hablaba con su hija. Estaban solas porque la fiesta había terminado y sólo los huéspedes de más confianza permanecían aún en el salón.

El coronel se cuadró ante la princesa, hizo una reverencia tan profunda que los bigotes casi tocaron el suelo, y dijo:

—Soy el coronel Krohl de la Gendarmería Imperial.

No tenía la princesa ganas de reír, pero aquel tipo estuvo a punto de hacerle saltar la carcajada.

—Quiero hacer constar primeramente—continuó el coronel—el placer que me produce el ver a la princesa en tan inmejorable estado de salud, y hago votos por que nuestra ciudad le dé lo mejor de sus inmejorables aguas.

—Gracias.

—Es el caso, princesa, que...— una mirada a Olimpia— que... quería decir algo importante.

—Puede usted hablar.

—Algo muy importante, sumamente importante.

—Bien, bien; diga usted; le escucho.

Otra mirada a Olimpia.

—El asunto es tan delicado, princesa...

—Esta dama es mi hija. Puede usted hablar.

El coronel volvió a doblegarse como un contorsionista de circo.

—Perdón, princesa. No os había conocido. ¡Estáis tan cambiada desde que los periódicos publicaron vuestro último retrato! Muy cambiada, maravillosamente cambiada. Beso vuestros pies, princesa.

Olimpia le obsequió con una

sonrisa y miró a su madre como diciéndole: ¿Hasta cuándo va a durar esta lata?

—Le agradecería, coronel, que dijera pronto qué le trae aquí. En este momento íbamos a retirarnos.

—Inmediatamente. El asunto es muy sencillo, aunque tremendo. Acabo de obtener informes indudables de que un célebre estafador, el famoso Mojrousky, se halla en esta población. Su aspecto es el de un caballero, pero sus acciones las de un bandido. Le llaman "el terrible gentleman". Creo que con esto está dicho todo.

—Bueno, pero ¿qué tengo que ver yo con todo eso?

—Es que el tal Mojrousky, princesa, ha estado esta noche aquí, en vuestro palacio.

—Puedo asegurarle que aquí no ha habido ningún Mojrousky.

—No debe usted esperar que le haya dicho su verdadero nombre, princesa, sino uno falso. Sé el nombre que ha usurpado ese canalla para introducirse en vuestro palacio. Lo sé muy bien, princesa; lo sé todo.

—Diga, diga ese nombre y aca-

bemos de una vez. Quiero retirarme cuanto antes.

—Pues bien, princesa, ese bandido ha tomado el nombre de un capitán de caballería que actualmente se encuentra en Viena: el capitán Kovacs.

Olimpia se estremeció. En vano habría tratado de pronunciar una sola palabra. Su madre, más serena, dijo:

—¿Está usted seguro de lo que dice?

—Segurísimo, princesa. Los informes que he recibido me merecen un entero crédito. Si en vuestro palacio ha habido esta noche un capitán Kovacs, podéis estar segura de que no era tal capitán sino ese miserable suplantador.

Olimpia vaciló. Estaba a punto de caer cuando su madre la cogió por la cintura para decirle al oído que era preciso disimular.

—Vamos, vamos arriba. Es demasiado tarde. Has bailado demasiado esta noche, hija mía, y estás fatigada.

Se dirigieron a la escalera seguidas del coronel. Por el camino fueron cambiando en voz baja al-

gunas palabras que por sus gestos se podían adivinar. Algo grave, sumamente grave.

Pidieron al coronel que esperara un momento y entraron en la habitación de la princesa Eugenia.

Allí no tuvieron por qué seguir disimulando.

Olimpia se dejó caer en un sillón. La madre se llevó las manos a la cabeza.

—¡Espantoso! ¡Has estado firmando con un aventurero, con un estafador de fama mundial! ¿Comprendes el descrédito que esto significa para ti y para todos nosotros? La princesa Olimpia es tan frágil de corazón, tan coqueta, digámoslo más claramente, que se enamora hasta de los ladrones. ¿Qué pensará el verdadero capitán Kovacs cuando se entere? ¿Qué dirá cuando reciba el nombramiento de maestro de equitación de la guardia imperial, un nombramiento que a lo mejor no quiere y rechaza?... ¡Horrible, horrible! El Emperador dirá, y con razón, que hasta a él lo has mezclado en tus devaneos. Y de tu padre no hable-

mos. ¡Pobres de nosotras cuando ve, se entere!

Olimpia se echó a llorar. ¿Era el propio conflicto lo que le producía aquella aflicción? ¿Era el hecho de ver a Kovacs, el hombre que ella había idealizado, convertido en un ladrón?

—No llores, Olimpia—dijo la madre crispadamente—. Con eso no adelantaremos nada... Calla, te lo ruego. Tus sollozos me aturden.

Ahogó Olimpia su llanto y la princesa Eugenia fué de un lado a otro de la habitación retorciéndose las manos y murmurando palabras casi ininteligibles.

—No hay solución, no hay solución—dijo finalmente—. Estamos en manos de ese miserable. Todo cuanto hiciéramos contra el falso Kovacs sería contraproducente. Sólo una cosa se puede intentar, y es comprar su silencio haciéndole marchar al extranjero. Le haremos venir. Acaso a fuerza de dinero le convenzamos... ¡Ah, se me olvidaba! ¿Estás segura de que no te falta ninguna joya?

—No me ha faltado nada, ma-

dre. Pero la arquilla no la he mirado.

Se dirigió a un pequeño cuarto contiguo y examinó el contenido de una pequeña caja de hierro.

Cada estuche que abría le hacía lanzar un suspiro.

—Está todo, absolutamente todo.

—Más vale así... ¡Ah! También se me olvidaba. Antes de hacer ninguna oferta, necesito saber exactamente el alcance que ha tenido tu flirt con Kovacs.

Olimpia se ruborizó.

—¿Qué quieres decir, madre?

—No es hora de remilgos, hija mía—dijo un poco rudamente la madre—. Dime hasta dónde has llegado en tus concesiones a ese... sinvergüenza.

—Pues bien; he sido en extremo prudente. Todas las audacias de Kovacs han permanecido dentro de los límites de la palabra.

—Perfectamente. Vamos a llamarle. Debe de estar en su pabellón.

—Si me lo permites, madre, yo me retiraré.

—De ningún modo. Tú haces aquí mucha falta.

Llamó al coronel Krohl, el cual penetró en la estancia haciendo reverencias.

—Hemos decidido, coronel, que si usted quiere entrevistarse con ese... bandido, lo haga delante de nosotras. Debe de hallarse en su pabellón y...

—Sí, princesa, está en su pabellón y...

—¿Cómo lo sabe usted?

—Los agentes andan por el jardín. Está bien vigilarlo.

—¿Y quién le manda a usted introducir a la policía en mi casa?

El coronel, que no esperaba aquel reproche, se quedó con la boca abierta.

—Se ha excedido usted en sus funciones, coronel, y eso puede costarle caro.

—Perdón... pero... yo creía...

—Ha creído usted muy mal. Debí pedirle permiso para introducir en mi casa a esa gente. ¡Quiera Dios que los reporteros se hayan marchado ya!

—Si teméis alguna indiscreción, princesa, debo decirles que

mis agentes son un modelo de disimulo. Puedo asegurar que no les ha visto absolutamente nadie y que lo que ellos vean es como si no lo vieran.

—Eso ya es otra cosa.

—Respondo de ellos, princesa.

—¿Y de usted?

Se abrieron los ojos redondos del coronel Krohl.

—No comprendo, princesa.

—Digo que si está usted seguro de su propia discreción.

—Segurísimo, princesa.

—¿Usted tiene hijos?

—Cinco, princesa.

—¿Y les quiere usted mucho?

—¡Oh, princesa! —exclamó el coronel con ternura.

—Pues bien. Oiga bien lo que voy a decirle. Lo peor que podía suceder es que prendiera usted a ese bandido.

Otra vez la sorpresa abrió desmesuradamente los ojos del coronel.

—Si usted lo prende y da con ello lugar al escándalo—continuó la princesa deteniéndose en cada palabra—nos habrá hecho un pésimo servicio, y entonces yo obraré

en consecuencia. De modo que en este asunto se está usted jugando el pan de sus hijos.

Dió un salto el coronel Krohl al mismo tiempo que sus bigotes temblaban.

—En cambio, si el falso capitán Kovacs huye lejos de aquí, burlando a la Gendarmería Imperial, usted nos habrá hecho un buen servicio y obtendrá un pago muy diferente. ¿Comprendido?

—Sí... sí... princesa—balbuceó el coronel—. Pero, a mi modesto entender, ese sinvergüenza debía purgar sus culpas, las tremendas ofensas que os ha inferido, para que...

—¡Ese hombre no debe purgar nada!—le interrumpió la princesa con energía.

—Nada, nada, princesa—repitió el coronel atemorizado.

—Ese hombre debe huir. Y usted será el primero en olvidarse de este desdichado asunto. Es preciso que se le fijen bien estas dos ideas en su mente, si de veras estima tanto el porvenir de sus hijos.

—Sí, princesa.

—Entonces hagamos venir a ese Mojrousky.

—Ahora mismo voy a traerle—dijo Krohl con gesto napoleónico.

—Nada de eso, coronel. Usted no lo traerá; usted enviará a un criado al pabellón de ese hombre para rogarle, en nuestro nombre, que venga a vernos. ¿Comprende? Para rogarle.

—Sí, princesa.

Y el coronel se inclinó por vigésima vez y salió para cumplir la orden.

VI

Sonaron en la puerta unos golpecitos que sobresaltaron a Olimpia.

—Calma, hija mía—le dijo la madre en voz baja, y después añadió levantando la voz—: ¡Adelante!

La puerta se abrió y entró, no Mojrousky, sino el coronel de la Gendarmería Imperial.

Olimpia respiró. Menos mal que aun le quedaban algunos minutos de tregua.

—Ya está avisado y viene hacia aquí, princesa.

—Perfectamente. Esperaremos.

El coronel se creyó en el caso

de distraer a las ilustres damas cantando las excelencias de las aguas que estaban tomando. Pero apenas había intercalado en su discurso cuatro o cinco adjetivos, llamaron a la puerta y en la habitación se hizo un silencio absoluto.

—¡Adelante!—dijo la princesa Eugenia.

Entró Mojrousky.

Venía sonriente. En su rostro no quedaba el menor vestigio de aquella desesperación que Olimpia había viato en el momento de la ruptura.

"Sin duda—pensó—me ha he-



— Háblenos claro, querida.



Olimpia estaba melancólica...



—Comprendo que la simpática de
ese hombre te haya vencido...



—La amo de veras.



Entró Moirousky.



— A vuestros órdenes, princesa.



— Les cristaux son en enedes.



— ¿Os duele no tener valor para matarme?



... en vez de retroceder, cubrió
rostro.



«Era la princesa Olimpia la
que cubría así?»



... na uveró e zsludca...



—Prometió usted partir a las siete de la mañana.



—¡Me vení tan humillado en aquel momento!



Se dirigieron al monarcial...



Se abrazaron...

cho caso y se ha bebido algunas copas de lo más fuerte."

—A vuestras órdenes, princesa.

La dama hizo un gesto al coronel.

—Diga usted lo que tenga que decir.

Entonces el coronel miró a Mojrousky ferozmente y exclamó:

—Es inútil que siga usted fingiendo, Mojrousky. Sabemos quién es usted. No es fácil olvidar el nombre del que se atrevió a estar al propio Emperador.

El capitán no pudo reprimir un gesto de sorpresa.

—¡Mire usted bien lo que dice, coronel! Hay ofensas que no se pueden perdonar.

—¡Basta de farsas! Muestre usted sus documentos.

—Pero...

—Pruebe usted a demostrarnos que es realmente el capitán Kovacs.

Vació un instante el huésped. Fué como si buscara un argumento supremo. Y no debió encontrarlo, puesto que, cambiando tan radicalmente de actitud que pareció

cambiar también de personalidad, declaró:

—Bien, han ganado ustedes la primera jugada. Soy Mojrousky.

—¡Queda usted detenido!—bramó el coronel Krohl.

Pero la princesa Eugenia dirigió a éste una mirada fulminante.

—Parece usted empeñado en olvidarse de lo convenido, coronel.

Krohl se encogió como un perro al que amenazan con un palo.

Entretanto, Olimpia, miraba con terror al cinico, el cual sonreía con las manos en los bolsillos y recostado en la pared, en una plebeya actitud que revelaba bien claramente su personalidad.

La princesa Eugenia consiguió dar a su voz un tono amable al preguntar:

—Sin duda le extraña a usted vernos mezcladas en este asunto ¿verdad, Mojrousky?

—Nada de eso, princesa. Todo lo que empieza a suceder me parece muy natural.

Con cinica parsimonia se llevó a los labios un cigarrillo y lo encendió.

—En cambio—dijo la princesa

—sí que le sorprenderá la determinación que hemos tomado.

—¿Quién sabe!

—Hemos decidido facilitarle la huida. Usted puede partir esta misma noche, con la seguridad de que no se le ha de molestar lo más mínimo hasta que pase la frontera. ¿Qué le parece?

Antes de contestar, Mojrousky, expelió con deleite, saboreándola, una bocanada de humo.

—Pues la verdad, princesa, tampoco me sorprende esa determinación... Además, debo decirle que, aunque la agradezco mucho, no la acepto.

Olimpia y su madre se miraron con asombro. El coronel estaba petrificado ante tanto cinismo.

—¿Tiene usted la bondad de explicar por qué?—inquirió suavemente la princesa Eugenia.

—Con mucho gusto. Comprenderéis el trabajo que me ha costado llegar hasta aquí. Ha sido un plan sumamente delicado que ha requerido tiempo y dinero. ¿Voy a conformarme ahora con irme con las manos vacías?

—¿Donde iréis es a la cárcel!—rugió el coronel.

Mojrousky se encogió de hombros.

—No sería la primera vez. Además, ¡saldría tan pronto!... Vámonos a echar la cuenta, coronel. Por vestir ilegalmente el uniforme—artículo 115—cuatro días de encierro. Por uso de nombre falso, un par de días. Y pare usted de contar. ¿Qué otro delito he cometido desde que tengo el honor de hospedarme en este palacio? ¿Es acaso un delito bailar con la princesa Olimpia, y, por cierto, no del todo mal? ¿Es un delito correr en las carreras de caballos y ganarlas? ¿Es un delito jugar al bridge y dejarme ganar el dinero por la princesa?

—¿Me está usted haciendo perder la paciencia, Mojrousky!—exclamó el coronel empuñando el sable.

—¿Quiere usted hacer el favor de no interrumpirnos, coronel?—dijo la princesa Eugenia en tono imperativo.

Resignóse el gendarme a callar.

— y la princesa preguntó a Mojrousky:

—¿De modo que cree usted que le conviene más no aceptar nuestra proposición?

—Eso creo. Una semana de cárcel y un bonito negocio de un lado. De la otra la libertad completa y los bolsillos vacíos. La elección no es dudosa.

—¿A qué negocio se refiere usted?

—Os lo explicaré, princesa. Tengo escritos una serie de artículos titulados "Aventuras de Mojrousky en la corte imperial de Austria" y estoy seguro de que algún importante rotativo vienes me los pagaría a peso de oro. Con artículos menos sensacionales se han conseguido tiradas de millón y medio de ejemplares.

—¡Acabáramos! Se trata de un "chantage". Lo que usted desea es que le compremos nosotras esos artículos.

—Exactamente.

—¿Cuánto?

—Antes de contestar he de dar una explicación. Yo vine aquí con el decidido propósito de hacer un

buen negocio. Pero surgió lo inesperado. Por primera vez en mi vida me enamoré hasta el punto de que preferí aquel amor a todos los beneficios materiales. Fué un tropiezo, lo reconozco, pero un hermoso tropiezo del que el recuerdo está todavía vivo en mi mente. A muchas mujeres he hecho la corte. Mujeres hermosas y de posición... mujeres que llegaron a enamorarse de mí envolviéndome en el ensueño de su pasión.

Sin embargo, llegado el momento de obrar, no experimenté la menor vacilación. Me apoderé del dinero, del collar o del pendiente y hui sin dificultad, sin que nada me retuviera al lado de la mujer que creyó en la sinceridad de mis juramentos... Pero en este balneario me he encontrado con una mujer muy distinta a las demás. Preparé una celada y caí en ella. Llegó a importarme mucho más que el negocio. Por ella no sólo habría renunciado a éste, sino que habría dado todo el dinero reunido en los golpes anteriores. ¡Necesitaré decir que esa mujer es

la princesa Olimpia? ¿No es natural que todavía quede algo de esa gran pasión? ¿No es también explicable que en este caso Mojrousky desprecie el dinero?

La princesa Eugenia le miraba profundamente extrañada. No esperaba esta salida.

—Si no quiere dinero... ¿qué quiere usted?

—Pues quiero... estar a solas con la princesa Olimpia.

—¡Bandido!—masculló el gendarme.

—¡Cállese!—ordenó la princesa.

VII

Las palabras de Mojrousky produjeron en Olimpia el efecto de una descarga eléctrica.

Se puso en pie en una convulsión. Estaba pálida. Le temblaban los labios.

—¿Qué pretende usted, miserable Mojrousky?

—Ya lo he dicho, princesa. Deseo hablar a solas, completamente a solas con la mujer que hace una hora me ha arrojado de su lado tan altivamente.

—Lo que tenga usted que decirme me lo puede decir delante de mi madre.

—He dicho que a solas.

—De ningún modo.

—Perfectamente—repuso Mojrousky sin alterarse—. Siendo así no tenemos nada que hablar.

Se dirigió a la puerta y la abrió. Desde el umbral pronunció sus últimas palabras.

—Aunque es tarde no me acostaré todavía. Estaré en mi pabellón dando los últimos toques a mis artículos. Si cambia usted de pensamiento, ya sabe que puede venir a verme. En ese caso, destruiré los artículos y mañana a primera hora partiré para cruzar la frontera.

Cuando la puerta se cerró se hi-

zo en la estancia un gran silencio. Olimpia temblaba aún de indignación y no podía articular una sola palabra. A su madre era un sentimiento muy distinto el que le impedía hablar. Estaba inmóvil, con la mirada fija en el suelo y muy abiertos los ojos. Una mezcla de miedo y estupor la dominaba. Sólo acertó a despedir al coronel, recomendándole muy especialmente no olvidase su deseo de dejar en paz a aquel ladrón elegante. Cuando estuvieron frente a frente, Olimpia buscó en vano en los ojos maternales la indignación que la demanda del miserable debía haberle producido.

—¿No dices nada, madre? ¿No te parece que debía matarle antes de responder?

—¡Bonito arreglo!

—No me explico esa pasividad cuando se me ha inferido tan grave ofensa.

—Lo verdaderamente grave es lo que nos espera si no nos sometemos al capricho de ese hombre.

—¿Qué dices, madre? ¿Aceptar la proposición de ese hombre? ¿Y tu pensamiento admite que tu hija

pueda cometer semejante bajeza? Madre, me horroriza oírte.

—Tu exaltación y tu vehemencia te impiden comprender, hija mía. Además, eres demasiado joven para darte cuenta de ciertas cosas.

—¿Quieres decir que acepte la proposición de ese canalla?

—No quiero decir nada, hija mía. No puedo decir nada. Me guardaré muy bien de aconsejarte en un sentido ni en otro. El asunto es en extremo delicado. Lo único que debo hacer es abrirte los ojos, presentarte en toda su magnitud el problema que se nos avecina. Un escándalo de esa clase hundiría para siempre en el descrédito el apellido que nuestra familia ha mantenido flamante durante seis-cientos años. La Corte y la sociedad nos harían el vacío. Tu padre... No quiero pensarlo... El antepone a todo su honor, porque es lo que más aprecia. Y al verlo arrastrado así por los suelos llegaría... incluso al suicidio... Esto es todo lo que tengo que decirte. Ya sabes el alcance del mal que Mojrousky nos puede hacer. Ahó-

ra te dejó sola para que medites.

Y Olimpia oyó cómo se abría la puerta que, al cerrarse de nuevo, la sumió en una soledad espantosa.

Sobrecogida, confundida por los torbellinos de ideas que las palabras de su madre habían levantado en su mente, Olimpia comenzó a darse cuenta de la magnitud de lo que se le avecinaba. Se vió hundida en el descrédito y en la soledad, caída desde lo más alto y brillante a lo más bajo y oscuro. Su padre se encargaría de poner en

todo ello la nota trágica. Habrían de huir, su madre y ella, a refugiarse en alguna población del extranjero, donde nadie las conocería y donde el recuerdo de los pasados esplendores las perseguiría continuamente.

Sus ojos, muy abiertos, reflejaban el hondo terror que la dominaba. Le temblaban las manos, le temblaban las piernas. Sin embargo, pudo llegar hasta su guardarropa, coger un chal, echárselo sobre los hombros y salir...

* * *

En el jardín reinaba el silencio y la sombra. Todo parecía dormido. Sin embargo, alguien había en vela: la condesa Lina, que, *casualmente*, no tenía sueño aquella noche y estaba sentada en la terraza... en un rincón oscuro de la terraza.

¿No sería que la condesa había advertido algo anormal alrededor del pabellón de Kovacs y esperaba descubrir nuevas anomalías?

La condesa vio realizarse una sombra por el camino central del jardín y aguzó la mirada hasta

distinguir ciertos detalles de aquella figura.

También estaba en el jardín el coronel Krohl y también vió una silueta inconfundible deslizarse a través de la sombra, camino del pabellón de Mojrousky.

Dos agentes estaban con el coronel, pero éste que había terminado por comprender la necesidad de que aquel asunto quedara en las tinieblas, tendió el índice de su mano derecha hacia el lado opuesto del jardín y dijo:

—Por allí, por allí he advertido algo sospechoso.

Después se dirigió el coronel a las habitaciones de la princesa Eugenia.

La gravedad del asunto le animó a llamar, aunque creía que la ilustre dama estaría durmiendo a tan altas horas de la noche.

Sin embargo, se equivocó. La princesa Eugenia no dormía, puesto que apenas golpeó la puerta con los nudillos oyó la voz de "¡Adelante!"

Abrió la puerta y vió que la dama estaba sentada ante un velador, haciendo solitarios.

Se acercó a ella temerosamente:

—Princesa... — balbuceó — es muy grave lo que tengo que decir... Pero creo que lo debéis saber. Una sombra ha pasado por el jardín y se ha deslizado en el pabellón de Kovacs... Perdón, princesa, pero esa sombra era... vuestra hija.

Le sorprendió que la dama no hiciera ningún gesto de indignación, ni siquiera de asombro. Siguió colocando las cartas sobre la mesa. Y, después de unos momentos de silencio, dijo sin mirarle:

—Antes ha dicho usted que tie-

ne varios hijos. ¿De cuántos años?

Sorprendido por la intempestiva pregunta, el coronel contestó:

—Todos son unos niños aún. El mayor tiene catorce años.

—La edad de comenzar los estudios.

—Cierto, princesa.

—¿Y qué le parecería a usted si lo hiciéramos general?

Fue tan grande el asombro de Krohl, que no pudo articular palabra.

—Claro que no ahora. Lo que ahora debe hacer es ingresar en la Academia Militar y comenzar los estudios. Pero el proceso sería muy rápido. Aprobaría las asignaturas fácilmente. Se sucederían después los ascensos. Podría ser el general más joven de Austria.

Krohl tragaba saliva. La emoción le impedía hablar. Las lágrimas empañaban sus ojos.

—Pero... ¿de veras queréis hacerme ese gran bien, princesa?

—Mañana mismo podría usted enviar a su hijo a la Academia.

—¡Oh, princesa; me parece mentira tanta felicidad!

—Pues en su mano está conseguirla.

—¿Qué he de hacer?

—Por ahora olvidarse en absoluto de esa sombra que acaba de pasar por el jardín... ¿Comprendido?

Krohl, para asentir, hizo una profunda reverencia.

—Por el jardín no ha pasado ninguna sombra, coronel. Usted no ha podido verla porque no ha pasado. Fíjese bien en esto.

—Ni una palabra más, princesa.

—Ahora diga a sus hombres que se retiren y retirese usted también. Todos hemos de descansar. Mañana llegará mi esposo. Recuérdeme el ofrecimiento que acabo de hacerle.

—Gracias, princesa... Buenas noches, princesa... A vuestras órdenes, princesa...

Y al mismo tiempo que murmuraba estas palabras truncadas por la emoción y la felicidad, hacía profundas genuflexiones e iba retrocediendo hacia la puerta.

VIII

La puerta se abrió de pronto y apareció la figura de la princesa Olimpia. Estaba pálida y fría. Temblaba de indignación y de miedo.

No pareció sorprenderse Mojrousky. ¿La esperaba?

Acudió solícito a recibirla, la hizo entrar y corrió las cortinas prudentemente, después de cerrar la puerta con llave.

—Ya veis, princesa, que procuro por vos. Los cristales son esmerilados, pero a través de ellos se ven las formas en silueta. Creo que vuestro hermoso cuerpo es inconfundible.

Había en su voz un algo de ceremoniosidad y respetuosidad que a la princesa le pareció impropio del bandido. Sin duda se burlaba.

—¿Para qué me ha hecho venir aquí? ¿Qué quiere de mí?

—Yo no os he hecho venir, princesa. Habéis venido por vuestra propia voluntad.

—Es usted un miserable.

—No me extraña esa actitud— dijo Mojrousky con naturalidad— Es la propia de una princesa que ha de humillarse a un bandido... Pero sentaos... ¿Queréis una copa de algo?... Ya sabéis que hay cier-

tas bebidas "fuertes" que disipan los negros pensamientos.

Olimpia se estremeció.

—¡No puedo, no puedo soportar su cinismo! Me repugna su charla porque veo en ella el orgullo de la perfidia. Es usted un miserable y se complace en serlo. ¡Si tuviera un revólver le mataría como a un perro!

—Pero ¿habéis venido sin él? ¿Qué imprevisión, princesa! Menos mal que por esta vez puede subsanarse el error.

Abrió un cajón de la mesa de escritorio, extrajo de él una magnífica pistola belga y se la entregó a Olimpia.

—Tomad. Puede servirlos para vuestros propósitos.

Olimpia examinó la pistola. Estaba cargada. Mojrousky se había vuelto de espaldas y aplastaba tranquilamente un cigarrillo contra el fondo del cenicero.

De pronto, oyó el bandido el choque del arma contra el suelo y un sollozo. Se volvió y vió que la princesa sollozaba, caída en un sillón y con el rostro oculto entre las manos.

—¿Os duele no tener valor para matarme?

—Me desespera mi debilidad de mujer y me indigna que usted abuse de ella.

—Eso sí que no lo admito. Seré un canalla, pero no un cobarde. Creí que estabais convencida de ello. Pero también en este caso está en mi mano hacer frente al error.

Se dirigió a la puerta, la abrió.

—Libre está la salida, princesa.

Olimpia aceptó el reto. Se dirigió a la puerta resueltamente. Poco en el umbral se detuvo. Le faltaba el valor para afrontar lo que pudiera sobrevenirle. Además, una fuerza misteriosa la sujetaba allí.

Ella misma volvió a cerrar la puerta y regresó al sillón que antes ocupara, dejándose caer en él con un gesto de renunciación y abandono.

Su tono fué mucho menos duro al preguntar:

—¿Por qué lleva usted esa vida de crimen?... ¿Ha matado a alguien?

—Todavía no. Hasta ahora todos mis delitos se han reducido a

los robos de joyas. Pero la mayoría de las veces las obtengo sin robarlas. Las mujeres me las dan de buen grado.

—¿Y todo le ha salido bien hasta ahora?

—Todo.

—Sin embargo, día llegará en que le falle la suerte.

Era evidente que un tono de pesar acompañó a estas palabras.

Mojrousky lo advirtió y su conocimiento del alma femenina le llevó a la conclusión de que ya sería vano todo cuanto Olimpia hiciera para sobreponerse al misterioso sentimiento que la forzaba a obrar contra su voluntad.

Por eso dijo francamente:

—Os duele que sea así ¿verdad?

El asentimiento hubiera sido para Olimpia una humillación demasiado grande. El orgullo de raza se debatía aún en ella con convulsiones de agonía.

—¡Qué me importa lo que pueda sucederle! Es más, desearía que la justicia le hiciera pagar de una vez todos sus delitos. No he tenido valor para disparar el re-

vólver, pero quisiera que otro lo tuviese por mí.

Un incendio de altivez y fiera había en sus ojos. Pero en el fondo... ¿qué leería en el fondo aquel hombre tan acostumbrado a descifrar miradas femeninas?

Mojrousky, en vez de retroceder, cobró audacia y, sentándose en el brazo del sillón, se apoderó de las manos de la princesa.

—Es todo inútil, Olimpia. Leo el misterio de vuestro corazón. En lo más hondo hay una luz demasiado firme para ser ahogada de un soplo. No se deja de amar en unas horas y vos, antes, me amabais.

Cada vez estrechaba más aquellas manos y cada vez acercaba más sus labios al oído de Olimpia. Ella, aturdida por el calor y por la dulzura de aquellas palabras, sentía que un misterioso fuego se avivaba en su interior. Y desesperadamente, luchaba con él el incendio del orgullo.

—¡Canalla! ¡Miserable!

Pero sus protestas contrastaban con la expresión de su rostro. Ni siquiera tenía fuerzas para sepa-

rar su oído del ardor de aquellos labios. Sus ojos se habían entornado. Y cuando sintió los brazos de Mojrousky alrededor de su cuerpo, echó la cabeza atrás y sus labios se entreabrieron en una significativa espera.

¿Era la princesa Olimpia la que obraba así? No, era simplemente que se abrasaba de amor.

Y al mismo tiempo que la mano de Kovacs rodaba la llave de la luz, se oyó el primer beso.

Beso irresistible.

IX

Había amanecido una espléndida mañana.

¿Qué había pasado durante la noche? Era la pregunta que rondaba obstinadamente el pensamiento de la princesa Eugenia en tanto esperaba en el salón que comunicaba con las habitaciones de su hija.

También a aquella pieza se abría la puerta del cuarto del general y bien se advertía que acababa de llegar a juzgar por el tumulto que promovían los ordenanzas y los criados con su ir y venir.

El general hablaba siempre como si estuviera mandando a las

tropas. Su vozarrón atronaba la casa por el menor motivo.

—¿De dónde demonios habéis sacado este jabón? Esto no es brocha ni es nada. Parece un pincel de pintar puertas. ¡Pronto, la maquinilla!

Las dos puertas se abrieron al mismo tiempo y por una apareció Olimpia, vestida con una elegante "toilette" de mañana y por la otra asomó la cara enjabonada del general.

Alguna reclamación iba a hacer a su esposa, pero al ver a Olimpia se desarrugó su entrecejo y se ol-

vidó de lo que iba a decir, mejor dicho, a vociferar.

El semblante de Olimpia produjo a su madre viva inquietud. Una mortal palidez lo cubría y en sus ojos había una infinita tristeza muy difícil de disimular.

Un gesto de su madre le hizo comprender que era necesario cambiar de expresión y lo consiguió a medias gracias a un descomunal esfuerzo.

—¡Hola, pequeña! ¡Vaya unas horas de levantarse!

—No sabía que habías llegado ya, papá.

—Me extraña, porque estos tonos parece que se han empeñado en que pierda la voz... Pero, ven acá. Quiero besar esa linda cara. ¡Ah, no! No puede ser. No me acordaba de que estoy enjabonado. ¿Qué tal, hijita? ¿Cómo estás?

—Muy bien, papá, ¿y tú?

—¿Cómo quieres que esté? Cada vez más joven y más satisfecho de la vida. Eso de joven lo digo en voz alta para que se entere tu madre que alguna vez se ha permitido llamarme viejo regañón... ¡Ah! Se me olvidaba lo más im-

portante. ¿Sabes que tu recomendado ya está nombrado maestro de equitación de la casa imperial?

Por el semblante de Olimpia y por el de su madre pasó una nube que el general no se pudo explicar.

—¿Qué es eso? ¿No te alegras? Olimpia acertó a sonreír.

—Ya lo creo, papá. Pero me sorprende que hayas podido arreglarlo en veinticuatro horas. Has batido el record de las velocidades en las recomendaciones.

—Sí, reconozco que ha sido un triunfo. Y más aun si tenemos en cuenta que el Emperador estaba de un humor de mil diablos y no quería recibir a nadie. Tuve que bregar de lo lindo. Pero ya sabes que yo consigo siempre lo que me propongo.

—Estoy muy agradecida, papá.

—¿Qué no haré yo por ti, hijamía?... Bueno, voy a terminar de afeitarme. He desayunado en el tren. De modo que no tenéis que esperar.

Cuando la puerta se cerró, madre e hija lanzaron al mismo tiempo un suspiro que equivalía a un: "¡Gracias a Dios!"

Un nuevo problema se les venía encima. ¿Cómo justificar la recomendación cuando el general se enterara de que Kovacs había desaparecido?

Mientras desayunaban no cesaron de hablar, sin conseguir que se hiciera una sola luz en las tinieblas.

Cuando el general se presentó ante ellas, afeitado y compuesto, con su flamante traje veraniego, ya Olimpia y su madre habían terminado de desayunar y estaban en la terraza, entre algunos invitados.

Aunque un poco más tarde que de costumbre, los huéspedes no dejaron de ver aquella mañana los rostros sonrientes de la princesa Eugenia y su hija.

—Pero ¿dónde anda ese muchacho?—preguntó el general con su voz de trueno.

Madre e hija le miraron interrogadoramente.

—¿No sabéis quién digo? Kovacs, ese Kovacs del demonio. ¿Creéis que no le conozco? Pues le conozco mejor que vosotras. El verano pasado nos vimos en Niza.

Por cierto que me dió una buena paliza jugando a las cartas. Me dejó sin un céntimo. Pero todo puede darse por bien empleado cuando se trata de un hombre como Kovacs. ¡Oh, es un verdadero genio! Ya sabéis que nunca me río. La risa me ha parecido siempre una ridiculez y una vulgaridad. Poca bien, ese diablo de Kovacs consiguió que una noche me sentara mal la cena a fuerza de reír.

Olimpia y la princesa Eugenia se miraban disimulando su terror.

Los dos pensamientos marchaban al unísono. ¿Luego Kovacs había conocido al general en Niza? No era extraño que le hubiera ganado hasta el último céntimo. Para un estafador de su altura no había nada imposible cuando se trataba de dinero. Pero ¿sería aquel Kovacs el que el general conocía o el verdadero? En este caso no había que pensar en que le hubiera ganado el dinero ilegalmente, pero el conflicto seguía siendo el mismo.

—En cuanto le coja entre manos, le desplumo. Sesenta mil francos me ganó. Se dice muy pron-

to... Pero ¿dónde demonios se mete ese hombre, por las mañanas? ...¡Ah, ya le veo! Miradle. Allí viene con Lina.

Y añadió en voz baja:

—¡Pobre muchacho! Le compadezco. Es con la única persona con la que su ingenio no le servirá de nada.

Pero la princesa Eugenia y Olimpia no oyeron estas últimas palabras del general. Estaban estupefactas ante lo que veían. En efecto, allí estaba Mojrousky, con un elegante uniforme claro.

Llegaba con Lina a través del parque y nada en él revelaba la menor inquietud. Si acaso, su rostro acusaba un poco de fastidio al tener que escuchar con la sonrisa en los labios las murmuraciones de Lina. La había visto hacia unos minutos en el *buffet*, tomando un refresco, y se acercó a saludarla, aprovechando esta oportunidad, la condesa, para "curiosear".

Otra vez se miraron madre e hija con extrañeza y estupor. Mojrousky había prometido partir a las siete de la mañana y eran las

once. ¿Hasta dónde llegaría la perversidad de aquel hombre?

Cuando llegó a la terraza, el general se levantó y le hizo un efusivo recibimiento.

—¡Hola, amiguito! ¡Buenas ganas tenía de pillarle! Le voy a dejar a usted sin camisa que ponerse.

Mojrousky correspondió al saludo del general con respetuosa simpatía.

—Por usted, mi general, me lo dejaré ganar todo muy a gusto.

—Con que me devuelva lo que me ganó en Niza aquella noche, me doy por satisfecho.

—¿Y si resulta que vuelvo a ganarle, mi general?

—Entonces le mando arrestar inmediatamente.

Mojrousky, con su habitual cinismo, saludaba a la princesa Olimpia y a su madre, y con su conocimiento del alma femenina, advirtió la tempestad debajo de la convencional sonrisa de las damas.

—Supongo que no tengo que presentaros—dijo el general—. Conocéis al capitán tan bien como yo ¡Digo! Y sobre todo Olimpia, que se interesa por él hasta el pun-

to de recomendarle... ¿Por qué pone usted esa cara? ¿No sabe que le traigo el nombramiento? Es usted maestro de equitación de la casa imperial.

El momento era de una violencia extremada. Olimpia no sabía adónde mirar. Y, por si esto era poco, había sorprendido un gesto extraño, incomprensible, en Mojrsky.

¿Sería capaz de rechazar el cargo para crearle un conflicto? ¿Llegaría a tanto su maldad?

El general continuó con tono alegre y campechano:

—Todo se lo debe usted a ellas. Mejor dicho, a ella, a mi hija, que fué quien me escribió. Yo le estimo de veras, pero, la verdad, no me acordaba de usted. Jamás se me ocurrió pensar que necesitara usted un carguito. Pero mi hija, que es un ángel y que está en todo, le ha dado lo que deseaba. Dele usted las gracias. Sólo a ella. Yo no he hecho sino cumplir sus órdenes... porque ya sabe esta pícara que sus ruegos son órdenes para mí... ¡Ah, ahora que me acuerdo! Vuélvame a contar el cuento de la

gallina. Aquel tan gracioso de que se sube al palo y ¡zas! ¡Demonio de hombre! No olvidaré nunca que me sentó mal la cena. Cuento, cuento. Lo he empezado varias veces y nunca he sabido cómo terminar.

Lina, que presenciaba esta escena sin perder detalle, contempló, con fijeza el rostro de Olimpia.

—Tiene usted mala cara. ¿Está enferma, querida?

—No, condesa. He pasado la noche un poco intranquila. Eso es todo.

—Se comprende. El deseo de abrazar a su padre. Anoche cuando la vi cruzar el jardín, me dije: "Olimpia está nerviosa y ha salido a dar un paseo."

—Y acertó usted, condesa.

—Sin embargo, fué una imprudencia. Hacía casi frío. ¿Verdad, Eugenia?

—No lo advertí.

—Sin embargo, estaba usted levantada. Había luz en su habitación.

—En efecto, yo también estaba un poco nerviosa.

—Es natural. Llevaba más de

un mes sin ver a su querido general.

—En efecto, Lina. Usted acierta siempre.

—Siempre. Es un don.

—Y acaso también un poco de práctica.

—Acaso.

En este momento terminó Kovacs de contar al general el cuento de la gallina y éste armó un alboroto con sus carcajadas.

Lina, como ya había dicho todo lo que tenía que decir, se puso en comunicación con otra mesa. Y en-

tonces el general recordó que tenía que ver al masajista.

Como se hizo acompañar por Alberto, su esposa y su hija quedaron a solas con Mojrouaky.

—A usted le encargo de la custodia de las dos princesas. Pero mucho ojo con los chistes que les cuenta usted.

Y el general se fué riendo a carcajadas.

No sabía que a sus espaldas dejaba un tremendo conflicto por resolver.

X

Estaban en un saloncito inmediato a la terraza. Nadie les podía oír. Lina, la única espía verdaderamente temible, había encontrado en un grupo un poco distante, alimento para su lengua.

La princesa Eugenia dirigió a Mojrousky una mirada terrible.

—Prometió usted partir a las siete de la mañana.

—Cuando menos—añadió Olimpia—debió usted advertirnos que conocía a mi padre. Yo creí que aun entre los bandidos podían existir clases. Confiaba que usted pertenecía a las más altas.

—¿Por qué me dice usted eso?

—Porque me dió una palabra que no ha cumplido.

—Es que... Ha sido preciso que me quedara. Tenía que hablar con ustedes antes de partir.

—Es inútil. No creeré una palabra de lo que diga.

—Esto sí lo creerá, si lo creerán ustedes. Yo no soy Mojrousky, soy el verdadero Kovacs.

Los cuatro ojos femeninos se clavaron en él incrédulamente.

—Yo mismo avisé por teléfono al coronel Krohl hablando en nombre del Director General de Policía.

En la actitud de Kovacs había

algo que acreditaba la sinceridad de sus palabras. Estaba como abrumado, como arrepentido de lo que había hecho.

—Entonces ¿todo ha sido un engaño, una burla?— exclamó la princesa Eugenia, trémula de indignación.

—Una burla, no—repuso Kovacs con firmeza—. Si acaso una venganza. ¡Me sentí tan humillado en aquel momento! Me había hecho la ilusión de que los sentimientos igualan a las personas. Creí, necio de mí, que mi corazón se hallaba tan alto como el de la princesa Olimpia y como el de la Emperatriz. Ustedes me desengañaron, pero ¡de un modo tan violento, tan doloroso! La que momentos antes me dejaba soñar, después me hablaba como al último de los criados. Mi corazón sangraba y la sangre puso una venda roja en mis ojos. Estuve a punto de hacer una atrocidad. Después decidí obedecer a la princesa Olimpia y me bebí algunas copas "de lo más fuerte". Toda la noche obré bajo el efecto de esa bebida que exacerbó mi orgullo hasta elevarlo

muy por encima de donde estuvo siempre.

La llegada del general puso fin a la conversación.

—¿Qué es eso? Estáis pálidas como la cera. ¿Acaso os ha contado Kovacs algún cuento terrorífico? Capitán, le prohíbo terminantemente que ponga nerviosa a mi mujer. Usted no sabe lo que es la princesa cuando tiene los nervios de punta... Pero, vamos al parque. Quiero probar el agua de las maravillosas fuentes que han dado fama a esta población. Creo que cada vaso le quita a uno un año de encima. ¿Eso es cierto, Kovacs?

—Lo cierto es que las aguas son excelentes, mi general, y que debe usted probarlas.

—Pues para luego es tarde.

Se dirigieron al manantial y aun no habían terminado de beber cuando Lina se reunió con ellos.

—¿También usted, Lina?

—También yo, general.

—Pero ¿usted sabe para lo que sirven estas aguas?

—Dicen que rejuvenecen—repuso Lina siguiendo la broma.

—Entonces me extraña que las

tome usted. Porque, si mal no recuerdo, hace unos meses me dijo usted que acababa de cumplir los veinte años.

—Cuando yo tenía veinte años era todo muy distinto. ¿No recuerda usted, general? Entonces ni usted ni yo teníamos la más remota idea de que íbamos a conocer a la que hoy es su esposa.

El recuerdo de aquellos tiempos en que era novio de Lina, hizo que el agua se atascara en la garganta del general como si en vez de agua fuera estopa. Decididamente, no se podía con aquella mujer.

De pronto se oyó una voz un tanto insegura.

—Buenos días, princesa. Buenos días, princesa Olimpia. Buenos días, mi general.

Cada uno de aquellos buenos días fué acompañado de una profunda reverencia.

Era el coronel Krohl.

Por segunda vez en su vida, el general estuvo a punto de echarse a reír al ver a aquel fantoche uniformado que parecía empeñado en barrer el parque con los bigotes.

Kovacs estaba de espaldas y cuando se volvió y el coronel de la gendarmería imperial pudo verle, el fiel funcionario quedó tan estupefacto, que la princesa Eugenia, para evitar cometiera alguna indiscreción, intervino:

—¡Ah, ya recuerdo! Sin duda viene usted a hacerme cumplir la promesa que le hice.

Y añadió dirigiéndose a su esposo:

—Es el coronel Krohl, de la gendarmería imperial.

Profunda reverencia del coronel.

—Y en vista de lo celosamente que nos viene sirviendo desde que llegamos aquí, le he prometido que su primogénito será general.

—Bravo. Esta es la temporada de recomendaciones.

—La princesa quiere concederme, mi general, ese innmerecido premio. Y yo lo acepto porque no es para mí, sino para mi hijo. Ya sabéis, mi general, lo que son los hijos. Uno cree que es dueño de su persona, pero viene un hijo y le demuestra lo contrario. Por los

hijos son los padres capaces de todo.

Entre frase y frase intercalaba una de sus formidables genuflexiones, y al general le costaba cada vez más trabajo contener la risa.

Acto seguido, comenzó el coronel Krohl a hacer historia detallada de sus servicios en el imperio y terminó con un canto a la milicia nacional.

—Bien, hombre, bien—dijo el general para quitárselo de encima—. Hoy mismo pasaré el aviso a la Academia y mañana ya se puede presentar.

Cuando, por fin, el coronel se marchó, el general d'Ettingon rodeó con un brazo los hombros de Kovacs.

—Deseo a ese muchacho—dijo

—que sea tan estimado por sus profesores como usted lo fué por mí.

—Pero ¿ha sido discípulo tuyo el capitán Kovacs? —preguntó Olimpia sin poder contenerse.

—¿Cómo que si fué discípulo mío? El mejor alumno de mi clase y de toda la Academia. Pero ¿no lo sabiais? ¿No os lo había dicho Kovacs? Pero ¿de qué habéis hablado en los muchos días que lleváis viviendo bajo el mismo techo, como quien dice? Bueno, bueno; ya sabréis vosotros por qué os andáis con semejantes misterios. Yo me voy. ¿Me acompaña usted, Lina? Alberto, encárguese usted de mi esposa. Y usted, Kovacs, se queda con lo mejor, con la dama de honor de la Princesa Heredera.

* * *

Una profunda turbación dominaba a Olimpia cuando se vió a solas con el capitán Kovacs.

Habían cambiado mucho las cosas desde la última vez que hablaron sin testigos.

Ahora el capitán no era ya un bandido audaz que infundía espanto con su cinismo. Era el capitán de caballería que había sabido conmover su corazón de princesa murmurando a su oído, durante el baile y en la sombra propicia del jardín, palabras que le parecieron una música deliciosa y jamás escuchada.

Echaron a andar a través del

parque sin saber qué decirse. A los dos los dominaba una turbación profunda que era consecuencia de lo que había sucedido y también del amor que se profesaban.

Al pasar por el pabellón donde tocaba la música advirtieron que la pieza que entonces ejecutaban era el vals vienés al son del cual habían danzado la noche anterior.

Les cortó el paso el barandal que cerraba el parque. Desde allí se divisaba un hermoso paisaje que corría entre dos montañas hasta perderse en el horizonte. A sus espaldas, macizos de rosales les aislaban del mundo. Arriba, el azul

purísimo de la mañana. Y del fondo del parque llegaban, como atenuadas por el perfume de las flores, las notas dolientes del vals que había marcado la noche antes la palpitación de sus corazones.

—¿Por qué hizo usted eso?— preguntó Olimpia sin mirarle.

El tardó en contestar.

—¿Por qué... por qué? Eso mismo me preguntó yo.

Aunque no se miraban sabían que sus ojos buscaban el alivio del paisaje inmenso; sabían que allí había dos cuerpos vencidos por el amor y que luchaban con él desesperadamente.

—Dentro de una hora, Olimpia, todo habrá terminado.

Ella se volvió, le cogió de un brazo. No había el menor vestigio de princesa en su alma de mujer.

—¿Qué dices? ¿Qué piensas hacer?

—Marcharme.

—¿No!

—Sí, marcharme para siempre.

Y añadió después de una pausa:

—Todo ha sido un sueño, un sueño de noche de estío. Quede es-

te hermoso delirio en nuestras almas. Es todo lo que podemos hacer.

—Pero ahora debes quedarte. Eres más de lo que eras.

—Siempre poco para la princesa Olimpia. ¿Puede la princesa Olimpia casarse con un maestro de equitación, es decir, con un palafrenero distinguido de la casa imperial?

Las palabras de Kovacs iban abriendo los ojos de Olimpia a la verdad y al dolor. Ciertamente... No podía la princesa heredera casarse con un palafrenero distinguido de la casa imperial. El mismo obstáculo que la noche anterior les separara subsistía aún, apenas atenuado.

—¡Pero yo no quiero que te vayas, yo no puedo dejarte marchar!

Sus manos crispadas se asían a la guerrera del capitán desesperadamente.

—Pero ¿no ves que nos amamos?

—Por eso no quiero que te vayas.

—Y por eso me quiero marchar yo.

—Haremos de nuestro amor un secreto. No se enterará nadie.

—Sólo una noche nos hemos amado y ya habrán tomado nota todos los reporteros. Esta mañana la condesa Lina nos lanzaba pullas venenosas. Ha sido preciso conceder un cargo de general para comprar el silencio de un hombre. ¿Sigues creyendo que nos podríamos amar secretamente?

—Es verdad, es verdad—dijo Olimpia horrorizada.

—Ahora mismo ¿podemos estar seguros de que alguien no nos espía entre las frondas?... Olimpia, nuestro amor ha de acabar y ha de acabar este triste idilio.

—¡Es horrible, es horrible!

—Horrible, no. Triste, dulcemente triste. Somos de los pocos amantes que van a conservar eternamente su ilusión. El recuerdo de este delicioso sueño vivirá siempre

en nuestras almas. Será un amor a distancia, un amor sin hastíos ni pasiones... Adiós, Olimpia.

Ella estaba embargada por aquellas palabras. Era como si el sueño dulcemente triste hubiera comenzado.

Se abrazaron... Fue un abrazo todo ternura, cuyas mieles se sumarían al recuerdo de aquel amor imposible.

Después Kovacs apartó aquel querido cuerpo, contempló los ojos de Olimpia como para saturarse de la emoción de su mirada, y desapareció entre el verde de los maticos...

Los últimos compases del vals murieron en los perfumes de la mañana y una lágrima—tanto triste y dulce al mismo tiempo—puso un diamante en las mejillas de la princesa.

FIN

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.
Barcelona: Barbarrá, 16. — Madrid: Perroz, 21



La magnífica novela

Monsieur Sans-Gêne

por **Ramón Novarro** y **Dorothy Jordan**

¡Es un film **Metro Goldwyn!**

Lujosa portada

Interesantes ilustraciones en el texto

¡Ediciones Bistagne publica siempre lo mejor entre lo mejor!



COLECCION USTED

los lujosos libros de las ediciones especiales de

La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS:

La Viuda Alegre. — El Gran Desfile. — Miguel Strogoff
o El Correo del Zar. — La princesa que supo amar.
El coche número 13. Sin familia. — Mare Nostrum.
Nantán, el hombre que se vendió. — Cobra. — El fin de
Montecarlo. — Vida bohemia. — Zazá. — ¡Adiós, juven-
tud! — El judío errante. — La mujer desnuda. — Casa-
nova. — Hotel Imperial. — La tía Ramona. — Don Juan,
el burlador de Sevilla. — Noche Nupcial. — El Séptimo
Cielo. — Beau Geste. — Los Vencedores del Fuego. — La
Mariposa de Oro. — Ben-Hur. — El Demonio y la Carne
La Castellana del Líbano. — La Tierra de todos. — Tri-
poll. — El Rey de Reyes. — La ciudad castigada. — Sangre
y Arena. — Águilas triunfantes. — El Sargento Malacara.
El Capitán Sorrell. — El Jardín del Edén. — La Princesa
mártir. — Ramona. — Dos Amantes. — El Príncipe estu-
diente. — Ana Karenina. — El destino de la carne. — La
mujer divina. — Alas. — Cuatro hijos. — El carnaval de
Venecia. — El Ángel de la calle. — La última cita. — El
enemigo. — Amantes. — Moulin Rouge. — La Bailarina
de la Opera. — Ben-Ali. — Los Cuatro Diablos. — ¡Ofe,
payaso, riel. — Volga, Volga. — La Sinfonía Patética.
Un cierto muchacho. — ¡Nostalgia! — La ruta de Sin-
gapore. — La Actriz. — Mister Wu. — Renacer. — El des-
pertar. — Las tres pasiones. — La melodía del amor.
Cristina la Holandesa. — ¡Viva Madrid, que es mi pue-
blo! — Sombras blancas. — La copia andaluza. — Los
cosacos. — Ícaros. — El conde de Montecristo. — La mujer
ligero. — Virgenes modernas. — El Pagano de Tahiti. —
Esirellas dichosas. — Esto es el ciclo. — La senda del 98.
Espellismos. — Evangeline. — Orquídeas salvajes. — El
caballero. — Egoísmo. — La Máscara del Diablo. — El
pan nuestro de cada día. — Vieja hidalguía. — Posesión.
Tentación. — La pecadora. — El beso. — Ella se va a la
guerra. — Los Hijos de Nadie. — El pescador de perlas.
Santa Isabel de Ceres. — Las dos huérfanas. — La Can-
ción de la Estepa. — El precio de un beso. — La rap-
sodia del recuerdo. — Belkatessen. — Del mismo barro.
Estrellados y Cuatro de Infantería.

que han constituido otros tantos éxitos para esta Colec-
ción, la cual será considerada la Biblioteca más amena,
selecta e interesante.

ÉXITO

sin precedente de la novísima publicación

NOVELA TEATRAL

(Obras de teatro noveladas)

Números publicados:

El proceso de Mary Dugan
(Bayard Weiller)

LA MADRE (Santiago Rusiñol)

La florista de la rambla (Alfonso Roure)

Shanghai (John Colton)

El alcalde de Zalamea
(Pedro Calderón de la Barca)

Don Juan Tenorio (José Zorrilla)

El crimen de Juan Anderson (Annie Wise)

Manos de plata (F. Serrano Anguita)

Presentación esmerada

Ilustraciones en el texto

Precio: **30 céntimos**

La Novela Cinematográfica del Hogar

Números publicados:

- Puertas cerradas,** por Virginia Vaili
Madre pecadora, por Irene Rich
Estrella simbólica, por George O'Brien y
Sae Carol
La losa del pasado, por Donald Keith y
Helen Foster
La mujer de Satanás, por Mercia Albert y
Jack Trevor
Jimmy, el misterioso, por William Haines y
Lela Hyams
Nueva mujer, nueva vida, por Pat O'Ma-
hey, Dorothy
Sebastian y Harry Murray
Amanecer, por Janet Gaynor y George O'Brien
Tras la cortina, por Lole Moran y Warner
Baxter
Los misterios de Londres, por Anita Ste-
wart y Greigh-
ton Hale
(La divina pecadora)
En la vieja Arizona, por Warner Baxter,
Dorothy Burgess y
Edmund Lowe
Honrarás a tu madre, por Mary Carr
Nobleza baturra, por Ino Alcubierre
Su Majestad el Amor, por Harry Lindell
Budd Croy, etc.
Amor siniestro, por René Aderé, Thomas
Meighan, etc.
Eugenia Grandet, por Rodolfo Valentino y
Alice Terry
Ana contra el mundo, por Shirley Mason
Jack Mower
La hermana blanca, por Lillian Olat y Ru-
nald Colman
De mujer a mujer, por Betty Compson y
Clive Brook
Mujeres frívolas, por Bárbara La Marr y Ramón
Navarro
No me olvides, por Bessie Love y Carol Hughes
El Caballero del Amor, por John Gilbert y
Eleanor Boardman
Estrellas fugaces, por Annita Brown, Brian
Aherne y Donald Crisp
Tobillos de oro, por Sae Carol y Jack McHall
En nombre de la amistad, por George Lewis
y A. de Segovia
El prisionero de Zenda, por Alice Terry y
Ramón Navarro
Sendas traicioneras, por Ella La, Robert
Amis, etc.
El príncipe Stravos, por Harry Lindell, Eva
Reil, etc.

Vea usted la transformación operada en **Los Grandes Films** de La Novela Semanal Cinematográfica, cuyo título actual es

Los Grandes Films

Mudos y Sonoros

Simpático tamaño, mayor que antes
Diez grandes ilustraciones en el texto.

ASUNTOS SELECTOS

Números publicados:

**El vals de moda - Siete caras
Inmortalidad - ¡Así es la vida!
Redención - El halcón de los
aires - Tarakanowa - Pepe Hillo**

Acaba de aparecer:

El hombre de la rana

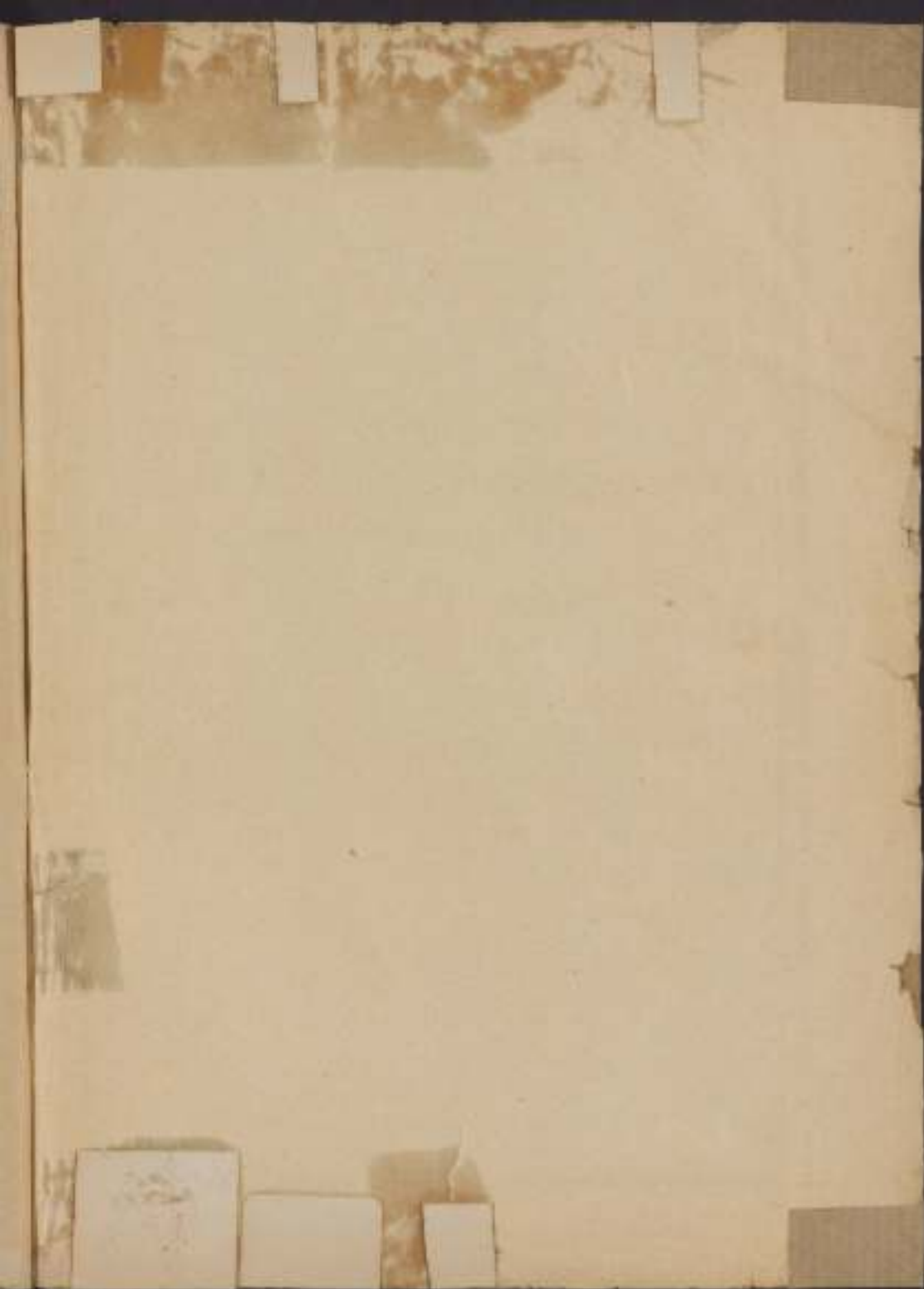
Próximo número:

**El cuerpo del delito
PORTADA A COLOR**

Precio: 50 céntimos

Servimos números atrasados de todas nuestras publicaciones a precios corrientes.

Si desea usted recibir catálogo sírvase pedirlo.



CB

Precio: 1 pta.